

## CORREO DE MADRID.

DEL SABADO 8 DE SETIEMBRE DE 1787.

Extracto de una crónica de Persia del año 530 de la Egira.

*Abbas Carascan* nuestro señor soberano, cuya gloria y poder es la emulacion de los Reyes de la tierra, tuvo á bien confiar á su vasallo *Mirsa* el gobierno de la provincia de Tauris. Jamas la corrupcion inclinó á favor de la injusticia la balanza que estaba en manos de este Gobernador, y el tiempo de su administracion fue una de aquellas dichosas épocas en que se vé protegida la inocencia, honrada la ciencia, y premiada la industria. *Mirsa* fue la admiracion y el objeto de los elogios de todos por su admirable conducta; pero en medio de tantas satisfacciones, quando se había atrahido la estimacion universal, y quando el pueblo le miraba como su padre, le acometió una profunda melancolía causada de observar, que en medio de su buena conducta, no merecía recompensa alguna. Apoderada la melancolía de este justo magistrado renunció todos sus placeres, y se entregó á la soledad. Si estaba en su Palacio se acostaba en un canapé, si se paseaba, era á paso lento, mirando á tierra, y si se aplicaba á los negocios era con la mayor repugnancia; resolvió por último renunciar su empleo viendo que para él era solo una cadena de penosos trabajos. Obtuvo licencia para presentarse al trono de nuestro soberano, y preguntándole este sobre su solicitud, le respondió de este modo. „Dignese el soberano del mundo perdonar á un esclavo honrado con sus bondades quando *Mirsa* se atreve á poner á los pies del grande *Abbas* el empleo que le confió: vos me disteis Señor el gobierno de una provincia tan fértil como los jardines de Damasco y los de otra Ciudad, cuya gloria sobrepaja á todas las demas á excepcion de la que reverbera los rayos de vuestro esplendor; pero la vida mas larga

„ apenas es un periodo suficiente para prepararse á la muerte; todos los demas negocios son tan vanos y pequeños como el trabajo de una hormiga hecho en camino real que parece para siempre bajo los pies de los caminantes, y todos los adelantamientos de esta vida tienen tan poca constancia y duracion como los colores del arco iris, que al mismo instante que brillan se desaparecen. Me permitis que yo me prepare para la eternidad; concedéis á mi alma la libertad de entregarse enteramente á la meditacion. No tomeis á mal que con el auxilio de la soledad y del silencio me familiarize con los sublimes misterios de la devocion, dejadme olvidar el mundo y que yo mismo sea olvidado hasta el momento en que se descubrirá á mis ojos, y que me hallaré á los pies del tribunal del todo-poderoso. “ Acabando de pronunciar *Mirsa* estas palabras se arrojó en tierra y calló.

El gran *Abbas* mandó que se insertase en la historia el recuerdo de la sensacion que estas palabras hicieron en su trono, á cuyos pies rinden homenaje todas las naciones. Miró todos los grandes que lo rodeaban, pero estaban pálidos sus rostros, fijados en tierra los ojos de todos guardando el mas profundo silencio, rompió por fin el Rey con estas palabras: „*Mirsa*, dice, tu me has llenado tanto de terror como de incertidumbre, mi sobresalto es semejante al de un hombre que quando mas descuidado se halla de una vez sobre un derrumbadero, donde le precipitan con irresistible fuerza, pero no sabré yo determinar si mi riesgo es real ó quimerico. No soy yo como tú, un reptil de la tierra; mi vida no es un instante, y los dias, años y edades que miramos; ¿qué son en comparacion de la eternidad? Nada. No sabré

11 prepararme para ella; pero quién go-  
 11 bernará á mis fieles vasallos? no podrán  
 11 ejecutarlo los temores del juicio futuro,  
 11 será preciso confiarlo á los que teniendo  
 11 una vida brutal semejantes á las bestias,  
 11 jamas se acuerdan de la necesidad de  
 11 morir, ¿quienes serán los verdaderos fio-  
 11 les? La muchedumbre que está en con-  
 11 tinuo movimiento en esta Ciudad se halla  
 11 en estado de perdición, y solo la imita-  
 11 cion del retiro de los dervises es la puer-  
 11 ta del Cielo? No contemplo que todas  
 11 los hombres puedan vivir como dervises,  
 11 ni que una ocupacion pueda ser común  
 11 á todos. Retírate á la casa que se ha pre-  
 11 parado para tu hospedage, pensaré en  
 11 los motivos de tu renuncia ó peticion, y  
 11 dignese el que aclara los ojos del hom-  
 11 bre humilde, inspirarme una resolucion  
 11 llena de sabiduría. <sup>4</sup>

Retiróse *Mirsa*; y viendo que se ha-  
 bían pasado tres dias sin haberle comuni-  
 cado resolucion alguna de parte de su so-  
 berano, pidió segunda vez audiencia, la  
 que se le concedió; al presentarse al Rey  
 manifestó su modestia la satisfaccion que  
 iba á dar. Sacó de su pecho una carta, y  
 despues de haberla besado la entregó al  
 Rey diciendo „esta carta que me ha en-  
 11 viado *Castron* me ha enseñado el imán  
 11 que actualmente está delante de vos, y  
 11 del modo en que debemos aprovecharnos  
 11 de nuestra vida; vedme ahora en estado  
 11 de mirar hácia atrás con gusto, y hácia  
 11 adelante con esperanza; ¡dichoso yo si  
 11 puedo ser todavía el hombre que parti-  
 11 cipa de vuestro poder en Tauris, y de  
 11 conservar los honores que poco hace  
 11 quería renunciar! <sup>4</sup> El Rey que había  
 escuchado á *Mirsa* con una sensacion mez-  
 clada de sorpresa y de curiosidad, entregó  
 inmediatamente la carta á *Castron*, man-  
 dándole que la leyese; todos los cortesa-  
 nos clavaron sus ojos en este sabio viejo,  
 quien la leyó con alguna alteracion, y  
 cubierta su cara de una honesta verguenza  
 empezó de este modo „que *Mirsa* aquel  
 11 que ha honrado la sabiduria de nuestro  
 11 poderoso soberano con un gobierno, go-  
 11 te para siempre de una salud inalterable;  
 11 la flecha de la aficion bñrió mi corazon;

11 y la tristeza obscureció mis ojos, quan-  
 11 do supe que querías privar á los millares  
 11 de almas que habitan en tu Provincia  
 11 de los bienes que le proporciona tu auto-  
 11 ridad; ¿pero quién se atreverá á hablar  
 11 delante del Rey en la turbacion que ma-  
 11 nifiesta su semblante, ó confiarse en su  
 11 ciencia, quando uno vacila y duda? Te  
 11 contaré los sucesos de mi juventud, que  
 11 tus hechos me recuerdan, y quiera el  
 11 profeta multiplicar en tí las instruccio-  
 11 nes que me dió! <sup>4</sup> (*Se concluirá.*)

*Sueño que se nos ha remitido de un hom-  
 bre despierto. ¡Quién lo creyera! ¡Qué estas  
 tierras iberas en el día tan fértiles, y en otro  
 tiempo incultas y llenas de malezas, no se  
 alimentaban, digamoslo así, sino de ca-  
 daveres de los que en las guerras civiles  
 perecian? ¡quién creeria que en esos tiem-  
 pos barbaros la guerra era el objeto prin-  
 cipal de los desgraciados pueblos, que com-  
 praban su esclavitud, al precio de peligros  
 y trabajos superiores á sus fuerzas! Tal era,  
 no obstante el estado de este Reyno, tal  
 era la barbarie de aquellos siglos llenos  
 de obscuridad y tinieblas; hasta que feliz-  
 mente la autoridad Real liberró á los pue-  
 blos del poder de los pequeños tiranos que  
 en masa formaban un conjunto de usurpa-  
 dores mutuos y temibles, pues sabian  
 unirse para sostener el interés general: li-  
 braronse pues los súbditos de las tiranías,  
 hicieronse mas felices y mas poderosos.  
 Todo toma un nuevo aspecto; se muda el  
 semblante, y varia la constitucion del go-  
 bierno: el estado monarquico llega á tomar  
 vuelo: las clases de un estado se confun-  
 den: el espíritu sistemático, toma colorido  
 de verdad: todos dan proyectos sobre  
 las formas del gobierno; algunos giran y  
 declaman; la gente pensata cierra las vi-  
 das al clamor: el espíritu de conquista to-  
 ma vigor, y quando este acaba empieza el  
 luxo á enervar. El pueblo que no vé sino  
 por la apariencia de las cosas, juzga verse  
 en el último punto de civilizacion; los  
 honores, la riqueza y el poder le alucina-  
 nan; y entre el fausto y su miseria,  
 pierde los resortes de su fortaleza, y de  
 aquella elasticidad capaz de hacerle respe-*

ñible. Admira muchas veces las viles acciones y las coloca entre las heroicas, dimanadas del valor y la prudencia. Se exteñian todos por medios desconocidos, y se siguen á estos débiles tiempos aquellos recundos, en que los hombres grandes manan por las quatro partes del mundo, á pesar de que siempre queda alguna mas atrasada que las demas. ¿Si será tal vez nuestra era la que aquí veconozcamos? ¿Si será la era anterior ó la de antaño? El curioso lector sabrá resolver este problema: no se escapará de él y de su fiera turba sin que haya quien lo averigue.

Entre las noticias funestas que continúa dando la gazeta de Mexico de los terremotos experimentados casi en toda nueva España, merece copiarse la que contiene el artículo siguiente de la gazeta del Martes 1 de Mayo último.

*Ometepec en nueva España.* Despues de explicar los terremotos experimentados y su duración, el Alcalde mayor de Igualápan Don Francisco Gutierrez de Teran, dice, " que al tiempo del primero, estando varios infelices de aquellas pesquerías, haciendo barras para coger pescado, y ya algunos montados á caballo despues de haberlo recogido y metido en sus redes, vieron con asombro retirarse el mar mas de una legua, descubriendose tierras de diversos colores, peñascos y arboles, y que con la misma velocidad que se huyo de su vista, volvió otra vez y otras, dejando millares de pescados en el distrito sin agua, y antecogiendolos, hizo muchos pedazos á once de ellos, dejandolos colgados y metidos entre los palos de un monte, que dista como legua y media del mar, y de excesiva altura, escapando solamente algunos, aunque muy maltratados y heridos, que son los que han referido el caso, todos vecinos de aquella jurisdiccion."

*Algeciras.* Señor Editor. Mi venerado y muy apreciable dueño, acabo de recibir de Madrid la adiunta carta en que con muy buen modo se me reprende de ligero y fácil en introducirme á tratar materias,

que aunque yo no las creo agenas de mi profesion, suelen no obstante ser tenidas por los presuntuosos y por la muchedumbre como cosecha de graves togados y jurisconsultos cargados de borlas, y de grados de Universidades, que como estaban poco hace, y se conservan aun algunas, no forman prueba convincente de que pase de nombre esta tan aplaudida qualidad, que infundiendo presuncion aumentaba la ignorancia.

En ella se me indica al parecer un plan ó division de asuntos propios de mi carrera, que el anónimo quisiera que yo me hubiese propuesto tratar, para sostener el decoro de la Milicia y dar de ella, á los que no la tienen justa, una idéa que rectificára sus extraviados razonamientos, afectadas pinturas y apostrofes, con que ocultando las virtudes patrióticas y heroicas que producen, solo se muestra en la guerra y en las batallas la sangre derramada, los despedazados miembros, los gemidos y las ansias de los moribundos, los incendios, y el saqueo de las nias hermosas y pobladas campiñas y ciudades.

Pero si estos incendios, destruccion y saqueo son indispensables para conuencer á un injusto poderoso enemigo que aspira á la destruccion de su vecina sociedad ó república, á privar á los ciudadanos de su religion, de su libertad, de sus mugeres queridas, de sus idolatrados hijos, y de todos los bienes y fortuna que estaban haciendo su dichosa suerte: si esta sangre derramada, estos gemidos y ayes, los miembros despedazados, la muerte en fin, y los mayores estragos no arredran y son sufridos con gusto por una parte de los ciudadanos para que no perezca la patria, ó la otra mayor que la constituye: si estos inevitables males, efecto de las pasiones, son el precio de la libertad y permanencia del pueblo bajo, de las suaves leyes de la razon, de la equidad, y de un culto y verdadera creencia; merecerán los odiosos titulos de monstruosos, feroces, abominables y todo lo demas que se lee en los números 64 y 65 de su periodico de Vm., los esfuerzos de estos heroes, y los medios indispensables que produjeron tan idéadas felicidades?

¿Qué pretenden los autores de estos dos rasgos de eloquencia? ¿qué recurso ó esugio nos querrán dicar para huir de una cosa que pintan como tan honrosa y abominable? Quiten las pasiones que son la gangrena de las sociedades, y entonces dejarán de ser un bien y alivio del género humano los cauterios y amputaciones. Supongan incapáz de hacer la guerra por aversion á sus estragos á la sociedad acometida, ¿qual será su situacion despues de atropellada y conducida á los forzados encierros y mazmorras en que á fuerza de palos y recios castigos, rinden sus alientos estos suaves individuos, y acaban entre los horrores de la desordéz, hambre, cansancio y enfermedades asquerosas que son consecuencia de su nueva suerte? ¿Es esto lo que deleita á esos oradores humanos, ó que se creen tales porque les hizo mas impresion un corto mal presente que una larga serie de miserias, y la sucesiva aniquilacion de toda una república ó sociedad?

Para dar pues una idéa, ó inducir á que lo haga el discurso de otros mas advertidos, dirigirá á Vm. siguiendo el órden que se me propone por el anónimo algunas cartas como yo vea que con la impresion de estas aprueba Vm. mi pensamiento, pudiendome lisongear de resultas de que no desagradarán á la nacion, cuyo desengaño y progresos ansia, aunque no con el feliz éxito que Vm. — El Militar Ingenio. (*La Carta que se menciona en esta se insertará en el numero siguiente*).

Otra. R. á 25 de Julio de 1787. Señor Editor del Correo de Madrid: por el ardor que siempre he tenido de ver traducidos en nuestra lengua los famosos cuentos ó novelas de Mr. Marmontel, me hice venir la novela: *igual conflicto de amor, naturalidad y lealtad* anunciada en el número 76 de su Correo.

Pero no hube fijado bien la vista en algunos de sus parrafos, quando senti altamente que se hiciera tan grosero retrato de los escritos de este sabio francés. Vi en vez de version una pesada exposicion ó comentario de su cuento. El señor Traduc-

tor le desfigura enteramente, le abulta sin necesidad, y extiende su historia ignorada de pocos. Parece que las mas energicas frases están mechadas con el mas rancio y añejo tocino. Despues de quitarles aquella noble expresion, en la que el autor se reviste de todos los afectos de los personajes del cuento, le usurpa el rapto, viveza y entusiasmo que con tan admirable facilidad los produce, y las *amplifica* con los mas pedantes pleonasmos, y fastidiosos rodéos. Mi pluma no es suficiente para expresar la chabacanería de esta traduccion. Harto me pesa no saber hablar como se requiere del disfráz de ridiculos atavíos (al modo de las novelas de los siglos pasados), con que ha vestido al desgraciado cuento. Por el: *lectorem delectandò, pariterque monendo*, me admiré del gran estudio del señor Comentador, revolviendo autores y poetas latinos, para buscar tan peregrino é inaudito epigrafe. ¿Qué rasgos y símiles históricos, tan sin ton ni son, para decir nada, se hallan en lugar de morales y utilísimas máximas (de resultas de *conocer el nervio del concepto*) en el discurso preeliminal? La novela tiene los mismos sentimientos, carácter y naturalidad que el original. ¿Pues qué, el despecho que se manifiesta en Lauso en estas expresiones: *Qu' ello se venge... que elle me háise autan que je l' aime &c.* no se representa bastante con las débiles palabras: (pág. 6 lin. 18) *Aunque se venga de mí, aborreciendome tanto como la quiero? &c.* pero diré lo que mas me ha dado en rostro por mis cortos alcances. El señor Traductor quizás no sabrá distinguir quando la diction *el* es artículo ó pronombre, pues ignora que haciendo las veces de aquel se suprime *la* e como: *al sacrificio, al odio público &c.* en vez de; (pág. 15 lin. 4) *á el sacrificio*, (pág. 15 lin. 11) *á el odio público* (\*), mas debe saber que en la misma página (.) lin. 16 está bien escrito: *lleno de él*, porque entonces la diction *el* no se puede sin copar por ser pronombre relativo; con todo la oracion no tiene la menor pureza de estilo. (*Se concluirá.*)

(\*) *De estos yerros está llena la novela.*